

Comíamos del mar

La bisabuela ha perdido el juicio. Claro que ya tiene una edad, está a punto de cumplir ciento treinta y dos años. Se ha vuelto loca, no deja de repetir lo mismo. *Comíamos del mar. Nadábamos en el mar.* Eso es lo único que dice. Seguramente dentro de poco tendrá que dejar de tomar sus pastillas protectoras. Da igual que la esperanza media de vida sea de ciento sesenta años, ella no va a llegar.

“Comíamos del mar...” A quién se le ocurre. Es como decir que una tormenta es una ducha relajante o que un mosquito es un manjar. Los mosquitos matan, el mar mata, y la bisabuela se muere.

Me pregunto cómo habrá sido su vida. Nunca ha sido muy habladora, y la verdad es que ni mis abuelos ni mis padres me han contado mucho de ella, tampoco de ellos. Nadie habla de más, no estamos para cuentos. La mayor parte del tiempo llevamos las mascarillas puestas en la calle, y desde que yo era muy pequeña, también dentro de casa. Ocupan toda la nariz y la boca, y las más sofisticadas también tapan las orejas. Nuestra familia no es de las adineradas y aislar la casa con nuestro propio sistema de oxígeno central cuesta demasiado. Hablar dentro de una burbuja cansa a cualquiera, hay que repetir las cosas cuarenta veces y no te entiendes. Al final, con los mensajes automáticos siempre acabas antes.

Tampoco podemos quejarnos, nunca nos ha faltado de nada. Bueno a mí sí, un hermano. Conocí a una chica de la escuela virtual que tenía un hermano. Y eso no era lo más raro, ella y su hermano eran hijos naturales: la madre los parió a ambos, los sacó de su vientre. Qué barbaridad.

Debe de ser curioso eso, sacar de tu cuerpo a una cría, como hacían las ballenas de los documentales que nos ponían en clase de historia. Una vez vi un parto humano en un reportaje de esos en tres dimensiones que le gustaban a mi abuela. Ella decía que así es como veían antes las imágenes en movimiento. Mi abuela era entonces una jovencita, de las que aún salían de las vaginas, en concreto, ella salió de la vagina de mi bisabuela, que está aquí, a menos de medio metro, y no para de decir “comíamos del mar”.

No sé ni por qué he venido a su sección. En la última comunicación con mi padre, me dejó caer que alguien debería observar los síntomas de la bisabuela para determinar si se le dejan de administrar o no las pastillas protectoras. Él no sé ni dónde está, cada día cambia de lugar. Se supone que un humano no debería estar solo en un momento tan duro, pero yo creo que esta mujer no se entera. Creo que le daría igual y que estaría delirando con el mismo tono fantasmagórico sola que acompañada.

Desde que he entrado al edificio he pensado que hubiera sido mucho mejor ir a la presentación oficial de mi nuevo grupo de amigos. Me da repelús entrar en estos edificios subterráneos, pero claro, mi bisabuela, igual que sus vecinos y los otros tantos millones que viven bajo tierra, no tienen más remedio. Climatizar los edificios de superficie es muy caro, y en cuanto dejas de trabajar no puedes pagarlo. Nunca había entrado en uno tan cutre, el olor a estancado es tan fuerte que traspasa mi mascarilla.

En fin, que me estoy perdiendo una fiesta con gente nueva, y en lugar de eso, le hago tomar la cápsula de alimentación y la de defensa a alguien que no sabe ni quién soy. Tiene miedo de los mosquitos, lo marca con la mirada, con los ojos posados justo encima de su mascarilla de plástico de las antiguas. Ha abierto los ojos de par en par, y los tiene completamente fijos en ese mosquito que intenta entrar por la esquina de la rejilla metálica. Es gordo como un puño, se contorsiona como puede para colarse entre

las rejillas que están a nuestros pies, las que separan la estancia de mi bisabuela del piso inferior. No puede entrar, la cuadrícula es demasiado estrecha para su tamaño. El mosquito sigue empeñado en entrar, y mi bisabuela, desde su sofá flotante, prueba a taparse la cara con las mano para hacerlo desaparecer. Me harto de esta escena absurda entre la vieja y el mosquito y electrifico la rejilla. Con un simple botón, el mosquito se desintegra como si su paso por este planeta hubiese sido un sueño sin registrar.

Nadábamos en el mar.

Y dale. ¿De qué demonios habla esta mujer? Igual es lo único que ha dicho en toda su vida. A lo mejor se refiere justo a un sueño que no ha quedado registrado en sus archivos. Según lo pienso salto del sillón flotante y me pongo a revolver en su central. Aún tiene un sistema con proyector de los antiguos y ni siquiera funciona bien el sensor de movimiento. Paso las pantallas con la mano y tarda por lo menos medio segundo en cambiar de panel. Tengo que hacer fuerza, como si tuviera que mover el aire. El aire podrido.

Sé que no está bien husmear en el disco duro de una anciana, pero qué demonios, no puedo hacer otra cosa, ni conectarme a nada que no sean los arcaicos archivos de mi bisabuela porque hoy no se puede comprar nada. La línea está de luto otra vez: ha desaparecido un nuevo territorio y por lo visto muchas personas seguían habitando en él. Además, tampoco pasa nada, porque ella ni se entera. Le he pasado dos veces la mano por la cara a cámara lenta y ella ha seguido mirando al infinito a través de mí. Al fin y al cabo, tal vez pueda... Creo que acabo de encontrar algo. Hay un fichero que se titula "Mar". Lo he sacado, y con el impulso de mi movimiento, el sensor ha desmoronado el resto. Este cacharro está peor que mi bisabuela. Entre los ficheros han aparecido un montón de archivos repletos de palabras. Todos tratan de pescadoras. Pescadoras... ¿Pescadoras? Así, "asociación de pescadoras", con todas sus letras,

ningún anagrama, ninguna abreviatura. En una de las páginas hay una foto sin colores destacados, aparece una mujer y una fecha: 21 de junio de 2010.

Tal vez haya encontrado un tesoro y pueda venderlo en alguna subasta, así que lo primero que hago es dejar la foto aparte para colgar el anuncio en cuanto vuelva a funcionar la red. Red. Aquí también se habla de redes. Pero “redes artesanales”. “Redes de pesca hechas a mano por mujeres”. Pesca de pez. Pez de comer, de masticar. Pez de mar. Pez con proteínas dentro. Pez sin pastillas. Pez que nada. Nada.

Esas mujeres reivindicaban “la igualdad con los hombres”. Los documentos están flotando por la habitación y casi todos protestan sobre lo mismo. Salarios, dignidad, reconocimiento. Hay otra foto, la pilla al vuelo. Es una anciana sentada en el borde del mar, sobre la arena, con unos pantalones remangados, mirando a cámara, y una niña pequeña detrás, con un bañador y un cubo. La anciana de la foto es guapa. No debía de tener miedo de las bacterias de ese mar que mojaba sus pantorrillas, tiene la cara descubierta, y esta rodeada de redes, redes con celdas pequeñas, como las de la rejilla metálica del suelo.

Mi bisabuela también parece disfrutar viendo la foto, porque de repente se ha arrancado la mascarilla de la boca, y sonrío como ella: se parecen. Le grito que se tape y ella sólo adelanta los brazos hacia la imagen. Quiere tocarla, traspasarla, y en un suspiro hacia dentro, con los ojos ya huecos, se traga dos palabras: “el mar”. Un minuto después vuelven a sonar las alarmas que anuncian la vuelta de la red, y es entonces cuando consigo reaccionar, y me doy cuenta de que ella, mi bisabuela, sabía nadar.